Año 1944 | Número 70 | Octubre-Diciembre

BOLETÍN
DE LA
Real Academia Sevillana de Buenas Letras



SUMARIO

Pascual Lázaro.—Sevilla

AÑO 1944 NÚMERO 70 OCTUBRE - DICIEMBRE

BOLETÍN

DE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

Discurso del M. R. P. Fray Diego de Valencina, O. M. C.

Cómo nació el canto popular, y su gran valor histórico

EXCMO. SEÑOR:
SEÑORAS: SEÑORES:

ESTUDIANDO detenidamente la labor cultural del Excelentísimo Sr. D. Francisco Rodríguez Marín, se ve que, si bien en todos los ramos del saber que ha cultivado rayó a grandísima altura, en lo tocante al folklore no tiene rival. Hoy por hoy ninguno ha llegado a tanto; y teniendo en cuenta las dotes peregrinas con que Dios lo ha dotado, su afición al estudio folklórico, los muchos años que lleva gastados en esta agridulce tarea y los medios abundantes de que ha dispuesto para escribir sus obras, estoy por decir que pasarán algunos lustros sin que haya quien pueda hacer otro tanto, y menos echarle el pie delante. Su afición al estudio folklórico data desde que tenía 16 años, según él mismo lo afirma en el prólogo de sus *Cantos Populares Españoles*.

Setenta y dos años de labor asidua, y todavía sigue encariñado con la misma idea. Todavía salen de su áurea pluma jugosos e interesantes artículos, que más bien parecen escritos por jóvenes de inteligencias privilegiadas, que por un hombre coronado de blancas y honradas canas. Para conocer, siquiera sea someramente, los méritos de D. Francisco Rodríguez Marín por sus trabajos folklóricos, diré *cómo nació el canto popular, y su gran valor histórico.*

De cómo nace el canto popular

Es un hecho bien probado que el hombre siente, desde sus más tiernos años, inclinación a la música, pero no a la música reglamentada, sino a la natural. Por medio de ella expresa los sentimientos que más profundamente le afectan, como son las penas, los dolores, los gozos, alegrías, desdenes, celos y demás afectos del alma; con todo lo cual hace un fiel retrato de su propia psicología, sin pretenderlo, ni pensarlo. Para ello se vale de un canto articulado o inarticulado, usando palabras exaltadas y apasionadas, bellísimas imágenes, comparaciones ingenuas y exactas, que suelen conmover y deleitar a los oyentes. Y ved aquí un fenómeno raro. Han pasado siglos y siglos desde que la música popular se viene oyendo y cultivando, y, a pesar de la guerra sin cuartel que se le ha hecho, de los prejuicios y de las imposiciones caprichosas de más de cuatro equivocados, el canto popular en su propia esencia no ha decaído un punto, ni lleva trazas de decaer. Podrán adulterarlo, eso sí, y de hecho lo adulteran, pero destruirlo no. Precisamente hoy la música va evolucionando a su favor, y los compositores de más renombre, como Falla, Turina, P. José Antonio, Otaño y Guridi, por no citar nada más que a maestros españoles, lo prueban con sus composiciones.

El amor a la música es un sentimiento innato, universal, y lo que es innato y universal es indestructible. Sabido es que las celebradas composiciones de los maestros más insignes y afamados (salvo honrosa excepción) se quedan anticuadas y, o se relegan al olvido, o se archivan y guardan como trajes que pasaron de moda. ¿Sabeis por qué? Porque son cantos forzados, violentos, y nada violento subsiste. En cambio, vemos que el canto popular se repite diariamente con el mismo éxito, y no cansa nunca, porque cada día produce nuevas emociones, emociones dulcísimas que recrean el espíritu, lo remozan, lo aligeran de pesadumbre, y llenan en cierto modo los anhelos del alma por manera tan maravillosa, que jamás le hastían ni fatigan. Al contrario, le producen nuevas ansias de gozar de aquellas notas mágicas que salen del pecho humano cual flechas ardientes, y hacen vibrar las más delicadas fibras del corazón.

El pueblo, de suyo, no es arquitecto, ni pintor, ni escultor. Él, de por sí, no ha sabido edificar un palacio, ni pintar las Meninas de Velázquez, ni esculpir la Venus de Milo, ni tallar el Cristo de la Clemencia; pero ha bastado un campesino, un pastorcillo, una madre tiernamente enamorada de su hijo, para inventar una canción que vivirá con bríos juveniles mientras haya un alma que sufra, o un corazón que ame. «La célula generadora de la música —ha dicho el célebre compositor y crítico Felipe Pedrell— es la natural, la que no ha requerido del individuo más que el alma en gracia, y los incentivos de la pasión para cantar».

Así nacieron todos los cantos populares, incluso la saeta; pero la saeta antigua, la más bonita y sentimental de todas, a mi modo de ver, porque es un suspiro, un canto y una oración. Con tan sólidos cimientos, ni los cálculos más egoístas, ni el torbellino de las pasiones, ni el tiempo mismo, podrán destruirlos.

Importancia del folklore

Folklore es voz inglesa. El Diccionario de la Real Academia Española la define: *Conjunto de las tradiciones, creencias y costumbres de las clases populares. Ciencia que estudia estas materias.* Como se ve, es muy lata, pues abraza los cantos populares, proverbios, adivinanzas, cuentos, leyendas, tradiciones, ritos, creencias, supersticiones, vestigios de las civilizaciones pasadas; locuciones, trabalenguas, giros, mitos, juegos infantiles, provincialismos y voces infantiles; en suma, todos los elementos constitutivos del genio, del saber y del idioma patrio, como materias indispensables para la reconstrucción científica de la Historia y de la cultura española. Tal es el pensamiento de D. Antonio Machado y Alvarez, Rodríguez Marín, Montoto y Rautenstrauch, Guichot y otros.

El estudio del folklore no es cosa baladí, sino de mucha importancia. Bien lo demostró el sapientísimo Rodrigo Caro en sus *Días Geniales o Lúdricos,* obra monumental, no tan bien conocida como merece. En ella relata minuciosamente los cánticos y juegos que practicaban los griegos y romanos. Está dividida en seis diálogos llenos de todo género de erudición. En el diálogo III, párrafo 1.°, dice: «Nux; ¿qué significa? Nueces compañeras de Fesceninos, y ¿por qué usaban esta ceremonia en las bodas? (1). Juegos de almendras que pintó Ovidio. Augusto César jugaba a las almendras», Tomo estos datos de la obra de Rodríguez Marín *Cantos Españoles,* tomo 1.°, páginas 23 y 120.

El maestro Turina, en un artículo que publicó en *El Correo de Andalucía,* número 14.198, dice: «Nada más interesante que el período primitivo de la canción popular, representado por

(1) En latín *fescenninus,* Canción libre, satírica y obscena que se cantaba en las bodas.

el grupo de trovadores y de juglares. Aquellos personajes, mitad músicos, mitad poetas, ensalzados por la leyenda, figuran como cabeza, como pórticos de nuestro folklore. El trovador arranca del campo litúrgico, tomando de él sus fórmulas y hasta su perfil melódico, evolucionando poco a poco hasta la polifonía».

Es una verdad de a folio, que parte de la historia de esta región andaluza, en lo tocante al folklore, es desconocida. Y como es desconocida, se le juzga muy mal. Claro, que hay sus excepciones. El sabio catedrático de la Universidad Central don Angel González Palencia, que tanto sabe de folklore, en una conferencia que dió sobre el tema *La Música europea ha bebido en las fuentes de nuestra Música medioeval andaluza,* afirmó que los musulmanes andaluces difundieron la música andaluza por todo el mundo; y recuerda que el Rey Sabio fué quien transcribió en sus Cantigas la letra de muchas de aquellas canciones. Asegura que la música sentimental y melancólica de la *soleá* es la más conocida en Europa, y que la influencia de esta música andaluza, está en toda la música española, y hasta en la europea. Todas estas afirmaciones son del señor González Palencia.

No puedo por menos de copiar un párrafo del Marqués de Pidal, escrito en la *Introducción al Cancionero de Baena,* página XVII:

«Cuando el pueblo comenzó a complacerse en cantar y en oir cantar, en el romance vulgar, las canciones en que se celebraban sus héroes favoritos, los que le defendían de los moros, los que le acaudillaban en los combates, y los que figuraban en lances y vicisitudes de aquella obstinada y sangrienta lucha, nacieron espontáneamente los cantores populares de profesión, a quienes se dió el nombre de juglares (joculares), porque, en efecto, alegraban y animaban con sus canciones la vida monótona de nuestros antepasados... La guerra, el amor y las empresas de caballerías, eran por lo común el asunto de sus cantos y de sus fablas. En los palacios de los reyes eran igualmente bien recibidos; y en las cortes de Castilla, tan célebres y nombradas en aquellos tiempos, obtenían un gran favor y consideración. Después fueron ya los juglares un ador-

no necesario y constante en los palacios de los reyes y señores principales.

»Pero el verdadero teatro de los juglares, donde eran recibidos con entusiasmo y aplauso, y donde ellos mismos recibían inspiraciones y aliento, era en las reuniones populares. La multitud se extasiaba con sus cantos, fablas y romances; los aplaudía y recitaba a su manera, les daba así popularidad y aplauso y fomentaba, sin sospecharlo, uno de los ramos más importantes de nuestra poesía nacional: la poesía de los romances.» (M. Soriano, tom. I, pág. 100 y siguientes).

Gustosísimo voy a consignar aquí dos hechos relativos a San Fernando, ya que en Sevilla vivió y murió y sus sagradas reliquias se conservan en suntuosa urna en nuestra Iglesia Catedral. Copio del libro antes citado:

«Siendo el Rey D. Fernando III de edad de once años, tuvo una enfermedad tan grave, que los médicos lo desahuciaron. La reina madre, llena de fe y confianza, llevó al príncipe al monasterio de Santa María de Oña, en el cual recobró la salud casi milagrosamente, y en celebridad de este suceso se compuso la siguiente canción:

Ben por esta a os Reys
D'amar en Santa Maria,
Ca en as grandes coitas
Ella os acorre y guia.

Enfermó en Cuenca la Reina doña Beatriz, mujer de San Fernando, y habiendo recobrado la salud por intercesión de la Virgen, se compuso esta otra copla:

Quien na Virgen gloriosa
Esperanza muy grand há,
Macar seia muito enfermo
Ella mui ben o guarirá.

Siendo el Rey San Fernando buen poeta y excelente músico, como afirma su hijo el Rey D. Alfonso X, llamado el Sabio, en

el prólogo al primer libro de las *Siete Partidas,* puede creerse que su padre es autor de un no pequeño número de canciones de las que se hallan en las colecciones atribuídas a su hijo Alfonso X; y cuando no todas las que pueden juzgarse compuestas sobre acontecimientos de su tiempo [sean del santo Rey], por lo menos esta que acabamos de referir parece que lo es, siendo [compuesta] en celebridad de la salud de su esposa doña Beatriz.

De los conocimientos de D. Fernando III, tanto en la poesía como en la música, no puede caber duda, pues su mismo hijo asegura que: *No tan solamente sabia mostrar su razon mui buena, et mui cumplida a aquello que le mostraba... sino tambien facer todas las otras cosas, que sabian facer bien los omes corteses, et palacianos... Et otro si, pagandose de omes de corte, que sabian bien trobar et cantar, et de joglares que sopiesen bien tocar los instrumentos, ca de esto se pagaba el mucho, et entendia quien lo facia bien et quien non.* En el reinado de Fernando III se introdujo la música vulgar en las iglesias, con motivo de cantar tanto el clero como el pueblo, las cantigas o canciones en loor de Jesucristo y la Virgen. De esta introducción resultó la de los Villancicos o *Villanicos,* nombre que se dió a ciertos diálogos cantados, en los cuales hablaban pastores y otras personas del vulgo. Añadamos a lo dicho que la introducción de la música en las capillas de nuestros Reyes para algunas festividades se usaba todavía en el reinado de Carlos V, prohibiéndose por un real decreto de Felipe II fechado en Junio de 1596.» (M. Soriano, tomo I, pág. 115).

Estimación del folklore

En 1420 aparecen los *Cantos Populares* de Oswaldo. Antes de concluir el período del neoclasicismo del siglo XVIII, ya recogen los cantos populares en Alemania. A esta nación pertenece la primacía del estudio folklórico en estos últimos tiempos.

CATEDRA SAN FERNANDO

Juan Francisco Eisenhart publica los *Refranes en el Derecho alemán* (1759). H. Bucking los *Refranes de Medicina* y *de Física.* (Stendhal, 1797). (*G. Historia del Folklore,* pág. 16).

Fernán Caballero, que conocía los estudios que tanto en Alemania como en otros países se hacían de las costumbres y de los cantos populares, se lamentaba del olvido que tenían los españoles de tan rico tesoro. Un bello párrafo dejó escrito en su obra *Cosa cumplida, sólo en la otra vida,* enalteciendo el folklore. Ya antes, y con más extensión, se ocupó de este mismo asunto en el prefacio que puso a su interesante obra *Cuentos* y *Poesías populares* (1859), primera que se publicó en España. Esta gloria nadie se la podrá arrebatar. A este propósito dice el Sr. Rodríguez Marín en su libro *Pasatiempo Folklórico* (1932): «D. Nicolás Böhl de Faber (fué) padre de la afamada novelista doña Cecilia (Fernán Caballero), matriarca ésta, si así puede decirse, del folklore infantil, ya que su patriarcado corresponde, por derecho propio y sin duda alguna, al famoso Rodrigo Caro, cantor de las ruinas de Itálica y autor de los eruditísimos diálogos intitulados *Días geniales o lúdricos,* que permanecieron inéditos hasta que en 1884, a solicitud mía, los dió a la estampa la Sociedad de Bibliófilos Andaluces.»

Como antes dije, la primera obra de *Cuentos y Poesías populares* la publicó Fernán Caballero. Vió la luz pública en Sevilla al año 1859, con prólogo de José Joaquín Mora. Esto dió lugar a que unos jóvenes estudiantes de la Universidad de Sevilla fundaran en 1877 una revista intitulada *Enciclopedia.* En ella escribió con gran entusiasmo don Francisco Rodríguez Marín, de materia folklórica, revelándose como escritor galano, fácil y entendido; pues sus escritos nos recuerdan el buen gusto literario de nuestro siglo de oro. La *Enciclopedia* —dice el señor Guichot— se consideró luego como el germen de lo que se llamó el *Folklore Español.*

En los años de 1882 y 1883, como queda dicho, dió a la estampa D. Francisco Rodríguez Marín su obra intitulada *Cantos Populares Españoles.* Consta de cinco tomos. Es la obra más completa de cuantas se han publicado en España de folklore. Ni el *Cancionero Popular,* de Lafuente y Alcántara, ni *Flor de Cantares,* de D. Francisco Villa (1866), ni el *Cancionero Infantil,*

de D. José Grimaund, ni los *Refranes del Quijote y de las Novelas de Cervantes,* de D. José Coll y Vehí (1847), ni lo publicado por el sabio presbítero D. José M.ª de Sbarbi y Osuna, siendo como era un prodigio de erudición, pueden compararse con la obra de D. Francisco Rodríguez Marín. El mejor elogio que de ella puede hacerse, lo hizo D. Antonio Machado y Alvarez *(Demófilo)* en el *Post Scriptum,* impreso en el último tomo. Tiene 81 páginas de letra pequeña y apretada. Rodríguez Marín trata de todas las materias folklóricas con gran extensión, avalorándolas con profusión de notas y explicaciones provechosas. Los materiales de que se compone son de dos clases, uno del pueblo, otro del autor. Los cantos y variantes suman un total de 11.200. Las notas llegan a 2.936. (Tomo V, pág. 229). Pero, dice el mismo autor que «la presente colección no contiene ni la mitad de los cantos populares que ha recogido, pues posee 11.200 inéditos, sin contar entre ellos algunos centenares en gallego, bable, catalán y mallorquín» (pág. 139). Y para que la obra fuera completa, añadió *Melodías* de la nana, rimas infantiles, seguidillas, seguidillas del siglo XVIII, murcianas, sevillanas, malagueñas, peteneras, el Santo Dios, saetas, columpio y guerra de Africa.

Cerremos este párrafo con este otro del Sr. Demófilo, refiriéndose a esa obra:

«España tendrá ya nombre y representación en el concierto europeo; y junto a la *balada* alemana, el *rondeau* francés, la *cantiga* portuguesa, la dulcísima *cantiga* gallega, la expresiva *corranda* catalana y la *cansón* mallorquina, que con la ingeendivinalla de Valencia, la fantástica *leyenda* vascuence y asturiana, el *romance* castellano y el sustancioso *refrán agrícola* extremeño, llevarán a nuestros hermanos... lo que tan elocuentemente llama Dalmedico *la fraternidad de los pueblos en la tradición común*».

Todo esto, con ser mucho, no es más que un botón de muestra. El acendrado amor a su patria, y su afición siempre creciente al saber y sentir del pueblo, no le ha permitido un punto de reposo al sabio folklorista osunense. De su pluma bien cortada han ido saliendo, unos tras otros, *más de veinte obras de*

este género. Él mismo lo afirma en los 250 refranes que publicó al regresar de Piedrabuena (Ciudad Real): «Hago imprimir en edición muy limitada, para regalos, la presente muestrecilla de mi afición al saber y al sentir del pueblo, cultivada con amor en más de veinte obras desde los ya remotísimos días de la adolescencia». Entre esas obras folklóricas, impregnadas del aroma delicado de las flores silvestres, que podemos llamar, con Valera, *lozano huerto de la fantasía popular,* hay una muy simpática, pues nos recuerda los días felices de nuestra infancia, que, como las golondrinas de Bécquer, *no volverán.* En 1932 dió a luz su *Pasatiempo Folklórico. Varios Juegos infantiles del siglo XVI.* Es lo más completo que he visto en este género de lecturas. El número de juegos, tomados de un manuscrito antiguo que perteneció a D. J. Nicolás Böhl de Faber, es de 38, pero el maestro los aumenta considerablemente con otros similares, y los anota y explica con tal profusión de datos. que no hay más que desear. Bellísimo trabajo, cuya lectura interesa por igual a maestros y a discípulos. Pero se trata de juegos de niños, y tal vez por eso se desdeñe y se juzgue por cosa baladí, o por ñoñez propia de la ancianidad. Por cierto que a la fina perspicacia del Sr. Rodríguez Marín no se le escapó que pudiera venirle alguna pulla, y se sacó a tiempo la espina, con esa sal ática que sabe poner en la punta de la pluma. En la segunda y tercera páginas dice: «Tenía encarpetados y cubiertos de polvo, desde hace un tercio de siglo, mis papeles referentes a cosas de chiquillos, y no obstante el peligro de que los hombres serios (que abominan de todas las frivolidades, menos de las suyas propias) creyesen cosa así como chochez de viejo mi regresar tan a deshora a las aficiones folklóricas de antaño. En esta irresolución y perplejidad he permanecido medio lustro..., pero como tengo y diputo los juegos de los muchachos por una de las cosas más serias que nos quedan en España, donde, bien mirado, la *seriedad* (no la tiesura) de año en año ha ido perdiendo quilates entre los hombres, en tales términos que, si Dios no lo remedia, pronto habrá que pedirla prestada a los chiquillos, quiero hacer hincapié en este punto, y deshacer de camino un error en que frecuentemente incurren algunos engreídos pedagogos y algunos paidólogos, más o menos médicos, que puestos los ojos en lo de

extranjis no cuidan de enterarse —¡tan patriotas son!— de lo que tenemos en nuestro propio hogar.»

Bien quisiera poder dedicar unas cuantas palabras a esas veintitantas obras folklóricas, mas como lo limitado del tiempo de que dispongo no me lo permite, me contentaré con enumerar algunas de ellas. Helas aquí: *Cuentos escogidos y otras narraciones selectas. Ensalmos y conjuros en España y América. Ensaladilla. Segunda serie de Burla Burlando. El alma de Andalucía en sus mejores coplas amorosas. Modos adverbiales castizos y bien autorizados que piden lugar en nuestro léxico. Coser y cantar. Apuntes para una figura de mujer, hilvanados por el Bachiller Francisco de Osuna. Cuentos anecdóticos.* El lector encontrará en esas producciones amenísima lectura que le enseñará y deleitará grandemente, sobre todo en los *Cuentos* y en *Burla Burlando.* El *Coser y cantar* es realmente un primor y un alarde de erudición. Se necesita tener el tino, la habilidad, la cultura y el buen gusto ético que tiene el famoso Bachiller, para ir retratando a una mujer con versos tomados de aquí y de allá, y evitar toda clase de tropiezos. La obra fué antes publicada en artículos del *A B C.*

Pero entre todas sus obras folklóricas descuella la intitulada *Refranes Castellanos.* Con esta producción Rodríguez Marín se ha inmortalizado. Su nombre pasará a la Historia por derecho propio, y se repetirá mientras haya un ser viviente que hable la rica lengua castellana, sin rival en el mundo. Consta de cuatro volúmenes con más de 42.500 refranes y notas aclaratorias de gran valor histórico. Realmente es asombroso que un hombre que lleva publicadas más de 150 obras de diversos asuntos, todas ellas de primer orden, haya podido recoger, anotar y dar a la estampa tal cifra de refranes. Y eso que el *tirano primum vívere,* como él dice donosamente, le hurtaba mucho tiempo. Únase a esto que Rodríguez Marín no tiene amanuense, ni dicta lo que publica, sino que todo lo hace él solo, y se tendrá una idea más clara del mérito de sus producciones. Y si *Fray Ejemplo es,* como reza el refrán, *el mejor predicador,* bien podemos decir que el Bachiller Francisco de Osuna ha predicado elocuentemente, y lega a la posteridad el tesoro de su ciencia y un ejemplo de laboriosidad digno de toda loa.

El origen de los refranes se remonta a muy lejanos tiempos, teniéndose en grande estima por los sabios y por el pueblo de todas las edades. Los usaba nada menos que el sabio Salomón, como puede verse en los libros de la Sagrada Escritura *Los Proverbios, El Eclesiastés* y *Eclesiástico.* También se encuentran en los Evangelios de San Mateo, San Lucas y San Juan (R. M.. Discurso en la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla). En la antigüedad lo usaron, entre otros, Aristóteles, Teophrasto, Platón, Demóstenes, Plutarco, Tulio, Horacio y no pocos más (R. M., pág. XXIX). Ya sé que algunos dicen que son *dichos de viejas,* y otras sandeces por el estilo. Plumas muy bien cortadas, como la de Mal Lara, hace tiempo que les dieron adecuada contestación (*Philosophía vulgar.* Preámbulo, párr. 12). En época no muy remota zahirieron a la novelista Fernán Caballero por sus escritos folklóricos. También contestó muy delicadamente, y sus detractores quedaron en ridículo. Se conoce que es achaque antiguo. No sigo realzando esta materia, ya que ingenios muy superiores lo han hecho con gran acierto.

Veamos, señores, con qué palabras tan cálidas, sentidas y bien razonadas se expresa sobre este tema el infatigable sabio y amado Patriarca de nuestros estudios clásicos, *Decano de los folkloristas españoles:* «¡Oh código sublime, en donde la conciencia universal estampó sus preceptos y frases poéticas y fórmulas breves; donde Salomón trabajó como operario infatigable, y en donde el mismo Salvador del mundo vertió los efluvios de su divina inteligencia y las dulcísimas mieles de su amor sobrehumano!... En ti se encuentra, para quien sabe buscarlo, el remedio, o, cuando menos, el alivio de todos los males. Tú brindas con medicinas bienhechoras al cuerpo y al espíritu dolientes, y haces más aún, porque les evitas las enfermedades con tus reglas higiénicas, y con las sanas máximas de la moral, que es higiene del alma y pauta del bien vivir. En ti halla consuelo el triste; decisión el irresoluto; paciencia el desesperado; corrección el vicioso; prudentes hábitos de economía el dilapidador; el literario, casticismo y donaire; el menestral, lecciones de su oficio; el marino, consejos náuticos; el labrador, conocimientos agrícolas y meteorológicos; el hombre de ciencia, luminosos aforismos; y todos, enseñanza grata y saludable; porque eres

libro abierto a todas las miradas y sabia resolución para todos los problemas. Contigo, con tus refranes (Heder lo ha dicho, y nadie ha dejado de pensarlo alguna vez), *Sancho Panza* habría gobernado su ínsula más discreta y felizmente que los políticos hábiles con sus reglas de Estado y con su más sutil astucia... ¿Qué mucho que yo haga tan caluroso elogio de los refranes? ¿Qué mucho que, muy devoto del saber del pueblo, quiera ir por ese camino en la excelente compañía de... tantos y tantos varo-sapientísimos, apologistas de los proverbios? ¿Ni qué habrá de extraño que me dedique a la utilísima tarea de coleccionar y estudiar los refranes, si efectuándolo sigo las huellas de españoles de tan vasto saber como el Marqués de Santillana, el Maestro Vallés, Hernán Núñez el Pinciano, el sevillano Juan de Mal Lara, Sebastián de Horozco, Sorapán de Rieros, Caro y Cejudo, Iriarte, Monlau, y nuestro eruditísimo contemporáneo Sbarbi? *Insigniores gémmulae* (piedras preciosas) llamaba a los refranes Erasmo (Prólogo del *Epítome de los Adagios),* y con él estuvo de acuerdo Mal Lara. «Son, dijo en los *Preámbulos* de su *Filosofía Vulgar,* como piedras preciosas salteadas por las ropas de gran precio, que arrebatan los ojos con sus lumbres.» Dejar que se pierdan esos diamantes, dejar que los barran y hagan desaparecer los vientos de generación antitradicionalista que, impetuosamente y a la par, están soplando de todos los lados del horizonte, sería, más que censurable negligencia, crimen de leso españolismo; porque España, entre todos los países, es por antonomasia la tierra de los refranes... y porque de refranes están salpicados, como de lluvia de finísimo oro, tres libros españoles que son el asombro del mundo: los *Cantares* del Arcipreste de Hita, *La Celestina* y *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.*» (Discurso de su recepción ya citado).

El menos lince verá cuán merecido tiene el Bachiller Francisco de Osuna el homenaje que le hacen el Gobierno y la Nación. La Real Academia Sevillana de Buenas Letras, que se honra en contarlo entre sus Académicos preeminentes, toma complacida parte en él, aunque no a la medida de sus deseos, y da expresivas gracias a las dignas autoridades que nos honran con su presencia, y a cuantos han tenido a bien asistir a este

acto, rindiendo así un tributo de admiración y afecto al verdaderamente sabio patriarca de la lengua española, hijo adoptivo de Sevilla. Seguramente cualquiera de mis compañeros Académicos hubiera enaltecido mejor que yo sus méritos literarios, pero ninguno con más amor y buena voluntad. No en vano hace más de cincuenta años que me distingue con su amistad, y a ella he correspondido siempre sin la menor vacilación, estando a su lado, sin titubeos, en los días prósperos y adversos. A su bondad debo todas sus obras, avaloradas con expresivas dedicatorias, y el alto honor de pertenecer a la Real Academia de la Lengua. Soy hijo del pueblo. Ejerciendo el ministerio sacerdotal, he cruzado a España repetidas veces y predicado en muchas poblaciones, especialmente andaluzas. Llevado de mi afición al estudio del folklore, al rancio saber del pueblo español, he ido recogiendo con afán cuantas florecillas han salido a mi paso, elevando a las más altas esferas oficiales palabras y cantares suavísimos con que fuí adormecido en mi infancia, en el honrado hogar de mis padres.

He dicho

Con censura eclesiástica

Alaba

a D. Francisco Rodríguez Marín, Patriarca de las Letras españolas, en su gloriosa ancianidad

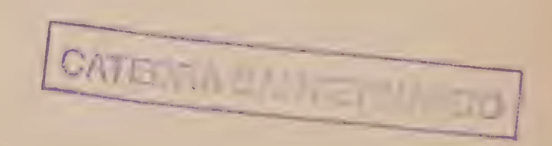
La gloria fiel al *Bachiller de Osuna*
se alabe aquí para futura gente.
Él ya la allega y goza de presente,
tomada en propia mano a la fortuna.

Musas, las nueve, dícenlo una a una;
luminares lo dicen de su frente;
suya la lengua, en fin, con elocuente
sal lo dice mejor que otra ninguna.

Roble y laurel entretejiendo ramas
—copiosos años, ciencia en muchedumbre—,
denle a siglos sus señas y proclamas.

Que hoy más contempla España en tanta lumbre
bosque donde el laurel, pira en las llamas,
robledo donde el roble de la cumbre.

Rafael Laffón


CATE

Algunas consideraciones sobre la producción literaria de D. Francisco Rodríguez Marín

Discurso del Sr. D. Cristóbal Bermúdez Plata

Bien se me alcanza que para hablar con propiedad del Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín y de sus obras, es precisa la pluma de uno de aquellos famosos varones que produjo el siglo de oro de nuestras Letras, que entonces, como hoy mismo, no han tenido quien les supere, y son recreo e instrucción y a la vez maravilla de los doctos. Es más: entiendo que es necesaria una pluma que, como la del manco sano, el famoso todo y regocijo de las musas, escribiera página semejante a la que aquél dirigiera a su último protector, el Arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, agradeciéndole las mercedes que se dignara otorgarle, y que dice así:

«Há pocos días, muy ilustre señor, que recibí la carta de vuestra señoría ilustrísima y con ella nuevas mercedes. Si del mal que me aqueja pudiera haber remedio, fuera lo bastante para tenerle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra ilustre persona; pero al fin tanto arrecia, que creo acabará conmigo, aun cuando no con mi agradecimiento. Dios le conserve ejecutor de tantas obras para que goce del fruto dellas allá en su santa gloria, como se la desea su humilde criado, que sus magníficas manos besa. En Madrid a 26 de Marzo de 1616 años. Muy ilustre señor.—Miguel de Cervantes Saavedra.»

Famoso y venerable documento que preside las sesiones

solemnes de la Real Academia Española, según afirma Navarro Ledesma en *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra,* libro que, como dice el insigne maestro Rodríguez Marín, «da una visión admirable de aquel lejano tiempo y habla garridamente a las fantasías nobles y a los corazones generosos.»

Bien se me alcanza, además, que cualquiera de los maestros de nuestra Universidad, en este lugar que yo ahora ocupo, hubiera cautivado nuestra atención proporcionándonos a todos sabias doctrinas, fruto de su experiencia y erudición. Pero mi antigua amistad personal con el Sr. Rodríguez Marín habrá influído ciertamente en el ánimo del Excmo. y Magnífico Señor Rector, D. José Mariano Mota y Salado, para que mi modesta persona lleve la voz de la Universidad en este acto y hable del que fué su meritísimo alumno de la Facultad de Derecho, allá por los años de 1874 a 1880. Me complazco en mostrar públicamente mi agradecimiento al Sr. Rector por el honor que me concede.

Profeso a D. Francisco Rodríguez Marín la inequívoca expresión de un vivo agradecimiento inextinguible, nacido de una amistad cordialísima profesada hace más de cuarenta años. Mi hermano Eduardo, inspiradísimo poeta, fué uno de los que a principios de este siglo más se distinguió en el cultivo de la poesía a orillas del Guadalquivir. Mi malogrado hermano publicó un tomo de poesías intitulado *Rayos de Sol,* y para este libro escribió D. Francisco Rodríguez Marín un bellísimo prólogo, del que siempre he tenido muy presentes las siguientes palabras:

«Sus poesías, amigo D. Eduardo, me agradan mucho por lo que son, y más todavía por lo que prometen, contando como cuento con la esperanza de que usted no abandonará nunca el estudio de los buenos modelos, que han de buscarse principalísimamente en el *siglo de oro* de nuestra literatura, digan lo que les plazca aquellos que, o por mal avenidos con las austeridades del estudio, o por haberlos cegado el ansia de imitar lo extranjero y de hallar notoriedad en lo extravagante, desdeñan las reglas de la Gramática y los cánones de la Poética, inundando nuestro Parnaso de engendros que así suelen estar escritos en castellano como en ruso las obras del inmortal Cervantes.

Usted, con muy buen sentido, huye de ese prurito antinacional; y, si a esto se agrega que en sus composiciones hay sentimiento e inspiración, las cualidades más esenciales de la poesía, no necesitará ser muy lince quien augure a usted un sólido porvenir literario. Para conseguirlo, siga usted estudiando y siga usted siendo modesto. No se envanezca nunca; que el *Non serviam* que perdió a Luzbel, está perdiendo cada año, para su fama propia y para el auge de la literatura nacional, la más gloriosa del mundo, a muchos poetas españoles de sobresalientes pero malogradas facultades.»

Por muerte prematura no pudo mi inolvidable hermano cumplir las prudentísimas enseñanzas del maestro; pero D. Francisco, enseñando con el ejemplo, las siguió siempre. Y en su amor a España, en su devoción al *Quijote,* en su vocación de investigador, de poeta de elevada inspiración, de prosista castizo y rico en donaire, halló en su larga vida literaria alientos y bríos para dar cima a su obra portentosa.

Nuestra poesía de verdadero genio, la que ha causado la admiración del mundo y ha influído considerablemente en las demás Literaturas, no tiene autor conocido; es puramente popular y corre primero descubierta en las gestas primitivas de los siglos XII y XIII; después, oculta bajo la masa del Mester de Clerecía y de la poesía lírica trovadoresca; reaparece de nuevo en los últimos años del siglo XIV y corre abundante y magnífica por los siglos XV y XVI, hasta que en éste la recogen los grandes poetas y encauzan y dirigen parte de su corriente, mientras otra parte sigue sin dirección aquí y allá, deteniéndose en los fangales de la vulgaridad callejera, amante de los relatos de crímenes, guapezas y valentonadas.

A esta poesía, nacional y popular, rindió siempre fervoroso culto D. Francisco Rodríguez Marín, quien, con el título de *Cantos Populares Españoles,* ha formado la más rica y hermosa colección de cuantas compuso el pueblo, y que con gran galanura de estilo y pureza de lenguaje, va difundiendo por sus obras la poesía contenida en romances, coplas y refranes.

Comenzó el Sr. Rodríguez Marín la serie de sus refranes en el año 1883 con *Cien refranes andaluces de Meteorología, Cronología, Agricultura y Economía rural;* siguió el 1896 con *Los*

refranes del Almanaque, explicados y concordados con los de varios países románicos, y ha terminado, desde 1926 acá, con la preparación y publicación de cuatro colecciones ampliatorias de la del Maestro Gonzalo Correa, a saber: *Más de 21.000 refranes castellanos,* 1926; *12.600 refranes más,* 1930; *Los 6.666 de su rebusca,* 1934; y por fin, *Todavía 10.700 refranes más no registrados por el Maestro Correa,* 1941.

En los cincuenta mil y pico de refranes, no registrados por Correa, que en definitiva el Sr. Rodríguez Marín, con su actividad admirable, ha logrado reunir durante su larga vida, deja en letra de molde y al alcance de todos, tres tesoros de valor e importancia: un tesoro de lengua (voces, frases y giros) aprovechable para todos, y en especial para lexicógrafos y escritores; otro, de ingenio, por las agudas ocurrencias y el chispeante gracejo de pura cepa hispánica que en los refranes abundan hasta el derroche; y otro tesoro, en fin, de amplísimo y muy complejo saber, no aprendido en libros, sino en la dura y práctica experiencia de la vida.

Pero lo más selecto del caudal poético del Sr. Rodríguez Marín se encierra en sus colecciones de versos, principalmente en sus bellísimos madrigales y sonetos, eco legítimo de los del siglo de oro, que recuerdan los de Gutierre de Cetina, Arguijo, Lope de Vega, Góngora, etc. De ellos decía el Maestro Menéndez y Pelayo: «Hace mucho tiempo que no he leído sonetos castellanos que me satisfagan tanto, ni que recuerden en tanto grado los del buen tiempo». Muchos de esos sonetos han merecido ser traducidos en otros idiomas de Europa, como ha sucedido con el conocidísimo que empieza:

Agua quisiera ser, luz y alma mía.

Y como ocurrirá seguramente, cuando se conozcan bien, con los que durante los años del glorioso Movimiento Nacional compuso D. Francisco en su retiro de Piedrabuena, de los cuales reproduzco este que dedicó a Dios nuestro Señor, lleno de pasión reconcentrada:

A tu servicio entré tan de tu grado,
y en él tan ricos gajes recibía,
que a veces, muchas veces, parecía
que fuese yo el Señor y Tú el criado.

Hallé en tu casa trato regalado;
de tu celeste candeal comía;
tu vino, que no embriaga, me placía,
y gocé de tu verbo sazonado.

¿Cómo de Ti alejado sin concierto,
aunque no por maldad, por inactivo,
no vi el abismo ante mis pies abierto?

Hoy vuelve a Ti, Señor, el fugitivo.
Si miro mi frialdad, me doy por muerto,
si miro a tu piedad, doime por vivo.

La especialidad del Sr. Rodríguez Marín, en la que hasta ahora no tiene rival, es la de la historia de nuestra Literatura del siglo de oro, que nadie como él conoce y ha dado a conocer. El nos dice de nuestra Literatura en sus tiempos de esplendor: «Todavía se nos esconde una gran parte de la abundantísima labor hecha en España durante los mejores siglos de nuestra Literatura. Están a la vista de todos los grandes hitos que indican por dónde cruzaban las vías; pero apenas se conocen muchos recodos, prominencias y depresiones del gran camino que a las letras patrias abrió la serie gloriosa de sucesos prósperos a cuyo benéfico impulso se debió el Renacimiento. Y ello es que así como la historia social de España no podrá escribirse con entero acierto y con la necesaria copia de datos mientras no se estudien las historias locales, sumandos, digámoslo así, de la general, del mismo modo la historia literaria de aquellas grandes centurias no podrá estudiarse como es de apetecer, hasta que prolijas y fatigosas investigaciones saquen del polvo de los Archivos y Bibliotecas a la clara luz del día las obras de los escritores de aquella época, y hasta que se averigüe minuciosa-

mente la vida de aquellos insignes ingenios, ya que tal indagación es cosa imprescindible para el provechoso análisis de sus producciones.»

Nuestro querido D. Francisco, predicando con el ejemplo, nos ha enseñado cómo debe escribirse esta historia en sus dos libros magistrales sobre Luis Barahona de Soto y Pedro Espinosa. No son un estudio crítico de estos dos autores, enterrados bajo el peso de la riqueza del gran siglo en que vivieron, y salvados del eterno olvido, el primero, por la laudatoria mención que de su poema *Las lágrimas de Angélica* hizo Cervantes por boca del cura encargado del escrutinio de la librería del Hidalgo manchego, y el segundo, gracias a una composición sola, perfecta en su género, el idilio *Fábula del Genil,* que, por su pompa y lozanía, sedujo a grandes poetas románticos, como Espronceda y Zorrilla. No le ha bastado averiguar con afortunada diligencia la vida y los escritos de sus dos biografiados, sino que ha extendido sus pesquisas a los que fueron sus amigos, sus maestros; ha reconstruído el medio social en que vivieron, viniendo a ser aquellos dos libros la historia de la poesía y de la cultura andaluzas en la segunda mitad del siglo XVI.

Enumerar siquiera en unas cuartillas con el merecido elogio las excepcionalísimas cualidades que concurren en el Sr. Rodríguez Marín para comentar a Cervantes, a cuyo estudio ha consagrado con amorosa devoción su larga vida, sería candoroso por innecesario, cuando tan conocidas y celebradas en todo el mundo son sus ediciones críticas de *El celoso extremeño, Rinconete y Cortadillo,* el *Quijote, La ilustre fregona* y el *Coloquio de los perros Cipión y Berganza.*

Y, en realidad, no podía esperarse menos del castizo escritor, de quien el insuperable Maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo, sobre proclamar en el estudio acerca de los *Orígenes de la Novela* su pasmoso conocimiento de la lengua del siglo XVI, ya en el año 1907 decía al recibirle en la Real Academia Española, en nombre de la docta Corporación: «El que quiera aprender prácticamente cómo se debe comentar a Cervantes, lea y medite la edición crítica que el Sr. Rodríguez Marín ha hecho de *Rinconete y Cortadillo,* aplique el mismo método a otra novela, y no será pequeño su triunfo si logra hacer algo seme-

jante. Una obra comentada de esta suerte parece que adquiere segunda juventud y se baña de nuevo en los reflejos de la imaginación creadora.»

Desde las alturas de sus 88 años el Maestro sigue trabajando. Su vida es un ejemplo de inestimable valor docente. Príncipe y patriarca del Cervantismo, no se da por contento con lo ya hecho, anhela proseguir avanzando hacia el Ideal, hacia la depuración absoluta de su labor. Así lo prueba en su precioso folleto, publicado el 23 de Abril del año 1940, intitulado *Dos Centenarios de Cervantes,* en el que dice: «Para un mañana de que yo no seré ni siquiera espectador, quedan aquí las Academias, las Universidades e Institutos y otros muchos Centros de cultura, que, llegados que sean los últimos días de Septiembre y los primeros de Octubre de 1947, en que se cumplirá el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, tendrán a gala y orgullo dar bizarras muestras de su patriotismo y su cultura.» Y para esa fecha conviene, según D. Francisco, que la incomparable novela de Cervantes esté traducida a todas las lenguas o dialectos que familiarmente se hablan en España. Hay traducciones al catalán y al mallorquín. Pero ¿y la dulce habla popular gallega? ¿Y el habla interesantísimo de los asturianos? ¿Y el vascuence? ¿No será motivo de sentimiento para los que tienen por habla vernácula y familiar esas lenguas o dialectos meditar en que todavía a estas horas, a los casi tres siglos y medio de publicado el *Quijote,* no han trabajado y sacado a luz pública sus traducciones, cuando las hay árabes, hebreas, japonesas y chinas? ¿Cómo no pagan a Cervantes esas regiones españolas el debidísimo y espiritual tributo de su habla?

Asimismo es de todo punto necesario averiguar documentalmente algunas de las andanzas de Cervantes, ignoradas aún, y de las cuales darán noticias las nuevas investigaciones que se practiquen en diversos Archivos. Todavía hay lagunas de años enteros en que no se sabe qué hizo ni por dónde anduvo el «Manco sano y famoso todo». Quizá por Trujillo y otros lugares extremeños, como hace conjeturar a D. Francisco algún pasaje del *Persiles.*

No ha de descuidarse tampoco el averiguar, de una vez para siempre, quién fuese en realidad de verdad el autor del falso

Quijote. El camino para dar con ello es el de los Archivos y no el de las complicadas y enrevesadas conjeturas. Los Archivos de Protocolos son minas inagotables para nuestra historia social de los siglos XVI y siguientes. Todo libro publicado en estos siglos dejó rastro de sí en una o más escrituras públicas o de concierto sobre su impresión, o de carta de pago de su precio, o de entrega de los ejemplares de la tirada. Téngase en cuenta que aquellos eran tiempos muy diferentes de los posteriores; en el siglo XVI y el primer tercio del siguiente no había la gabela del papel sellado; los derechos escribaniles (notariales hoy), rara vez pasaban de uno a dos reales y para cualquiera bagatela se hacía una escritura pública. Si en Tarragona se conservan los protocolos completos, quizá en ellos se encontrará la prueba clara de quién fuera el autor del falso *Quijote,* que ha puesto a pensar y hasta a desvariar a tantos eruditos. ¡Dios siga otorgando preciosa vida a D. Francisco Rodríguez Marín para que en el año 1947 consiga ver realizada, al menos, parte de la amplia desiderata que expone en su folleto de referencia!

Dada la brevedad que me recomiendan y me impongo, no es buena ocasión esta para analizar lo que los hispano-americanos han hecho estos últimos años en honra y alabanza del insigne hijo de Osuna; pero por nombrar siquiera a uno de los mejores y más afamados mencionaré algunos párrafos del trabajo publicado en *El Universal de México* por el inspirado poeta y correctísimo escritor D. Luis G. Urbina, a quien años atrás tuve la honra y satisfacción de tratar como investigador en el Archivo General de Indias. Helos aquí:

«Y entonces, herido por una conmovedora remembranza, eché de nuevo y, a poco espacio, di de manos a boca con la calle que deseaba yo volver a ver. No había cuidado; ni cambió de situación ni de nombre. Un azulejillo, empotrado en el muro, decía con letras inhábiles y abreviaturas de época «Calle tras la Iglesia de San Ildefonso». Pero desde hace años, desde que yo la conocí, se llama Calle de Rodríguez Marín.

«¡Con razón me hundo en divagaciones y soñares, mientras hago mis preferidos vagabundeos por los anticuados barrios sevillanos; con razón suelto en ellos mis imaginaciones; y, como quien desata un rimero de estampas, van cayendo en la mente

nombres, tipos, anécdotas, hábitos, relaciones, crónicas, que hasta mí llegaron, traídos por los prestigiosos estudios de Rodríguez Marín. La erudición vasta y honda de este amigo mío, su dedicación incansable, sus asombrosos y minuciosos análisis, sus penetrantes investigaciones, la poesía deleitosa que acompaña con fraternal perseverancia a su vigorosa sabiduría, han nutrido mi espíritu de inolvidables enseñanzas. Su *Cervantes en Sevilla,* sus monografías de *El celoso extremeño* y de *Rinconete y Cortadillo,* sus biografías y discursos, sus conferencias y comentos, sus psicologías, sus descripciones —*Barahona de Soto, Luis Vélez de Guevara, Baltasar de Alcázar, El divino Herrera, Mateo Alemán*—, tantos y tan hermosos trabajos por los cuales pasa gloriosamente Sevilla, me han documentado, como se dice ahora, para comprender y amar mejor la ciudad romana y morisca, graciosa que a flor de labio lleva siempre un epigrama zumbón y una copla apasionada y dolorosa.

«Y si el saber literario de D. Francisco es profundo, si es caudaloso su acopio de noticias, sorprendidas por él en Archivos y Bibliotecas, no les van en zaga, la brillantez, la flexibilidad, la magia del estilo, puro, limpísimo y salpicado, como por refrescante rocío, por la sutileza, la agudeza, los donaires.»

El Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, las Entidades sevillanas y todos los organizadores del homenaje nacional al sabio Director de la Real Academia Española, merecen calurosas felicitaciones y tienen derecho a presentarse ante el mundo ilustrado con el doble título de verdaderos españoles, amantes de sus legítimas glorias, y de admiradores de la bondad, la verdad y la belleza, triple excelencia que hallamos reunidas en las obras del preclaro escritor Sr. Rodríguez Marín.

He dicho

Mi última visita a Rodríguez Marín

POR

el Marqués de San José de Serra

NO podía permanecer impasible la Real Academia Sevillana de Buenas Letras ante la llorada muerte del sabio polígrafo Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín, honra y prez de las letras españolas. La Minerva Bética es la casa solariega de la cultura y el saber hispalense, en ella se han congregado siempre sus ingenios y todos aquellos que por su suelo han pasado. Por esto y para honrar su memoria, nuestro señor Director ha tenido la feliz idea de dedicarle un número de nuestro BOLETÍN al que ostentó el mismo cargo en la Real Academia Española, que sea como corona de flores que no se marchitan puesta sobre su tumba y que proclame continuamente a la posteridad el afecto, el cariño y la consideración que sentimos en esta casa por el Maestro.

El Sr. Rodríguez Marín nació en la próxima ciudad de Osuna el 27 de enero de 1855, haciendo sus primeros estudios en aquel Instituto, trasladándose al terminar éstos a nuestra ciudad para cursar en la Universidad Literaria la carrera de Derecho, y tan sólo un corto período de tiempo se ausentó para volver a su ciudad natal a trabajar en el foro de aquella después suprimida Audiencia; en Sevilla vivió, en ella se manifestó como notable jurisconsulto, aquí publicó muchos de sus mejores libros, desde aquel tomo de poesías *Suspiros,* en el año 1875, cuando aún no había terminado la carrera, hasta 1906 que dió a la estampa *Chilindrinas. Cuentos, artículos y otras bagatelas,*

llegando a publicar en esta época entre Sevilla y Osuna treinta y siete obras. Por los años 80 al 83 colaboró en el periódico *El Alabardero,* haciendo interesantes campañas y bellos artículos.

Donde encontró el mejor ambiente para sus cultas aficiones fué en nuestra Academia de Buenas Letras, haciendo su ingreso como numerario en el día de la Inmaculada del año 1895, con un notable discurso cuyo tema fué «De los refranes en general y en particular de los españoles», contestándole el laureado poeta D. Luis Montoto y Rautenstrauch. Prestó a ella toda su atención y cariño, dando lectura en sus reuniones a varios e interesantes trabajos. En la Academía y en las tertulias literarias del Duque de T'Serclaes y el Marqués de Jerez de los Caballeros, comenzó a tratar e intimar con los literatos de aquel tiempo: Montoto, Gómez Imaz, Vázquez Sánchez, Hazañas y Menéndez Pelayo, que tan aficionado fué a frecuentar nuestra ciudad; pero con quien más unido estaba fué con su maestro de la Universidad, el culto escritor D. José Fernández Espino, que siguió mientras vivió siendo su mentor en sus primeros trabajos y lides literarias. Lugar muy favorito para él fué el Ateneo y Sociedad de Excursiones, el cual lo nombró presidente en 1900, cargo que desempeñó con aplauso de sus miembros durante varios años. El Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, teniendo en cuenta su gran renombre literario y especialmente por la publicación de su notable obra *Luis Barahona de Soto,* lo hizo su hijo adoptivo, como lo hicieron después varias poblaciones españolas.

No entra en los límites de estas notas el estudio de su meritísima y fecunda labor literaria como poeta, investigador, historiador, cervantista y folklorista andaluz, limitándome sólo a lo que el Maestro me dijo, lo que quizás pueda interesar a nuestros lectores y especialmente si son bibliófilos y sevillanos.

Siempre que iba por Madrid dedicaba una tarde a la visita de D. Francisco en su departamento particular de la Academia Española, y he de confesar que yo soy hombre poco aficionado a visitas, pero me eran éstas tan gratas y agradables que, aun a trueque de abandonar otras ocupaciones, nunca dejaba de hacerla. Tenían para mí estas entrevistas múltiples alicientes: la figura patriarcal del Maestro, el marco de su biblioteca ates-

tada de libros que yo curioseaba, su mesa de trabajo y sobre ella las cuartillas a medio terminar dejadas por mi entrada y sobre todo por su charla tan amena y agradable, en la que siempre se aprendía algo, y a esto es a lo que me he de referir en estas líneas.

Le hice la última visita poco tiempo antes de su muerte. Como siempre, me preguntó por sus amigos de Sevilla; comentó muy favorablemente el último libro de Santiago Montoto; yo le di cuenta de los preparativos que se hacían para el homenaje que se le consagraría, y al preguntarle si lo honraría con su presencia, me dijo que su estado de salud no le permitía hacer un viaje, pues ya apenas salía a la calle, y que estaba redactando unas cuartillas para que fueran leídas en tan solemne acto. «Ya he hecho —me replicó— mi última visita y por cierto ¡admírese usted! ha sido para ver dos mujeres: la Concepción del Louvre y la Dama de Elche, que han venido últimamente de París al Museo del Prado, y cuando regresé, y a pesar de haber llevado a mi médico por acompañante, volví tan fatigado que me convencí que cuando saliera otra vez de esta casa no sería por mis pies.»

Hacía poco tiempo que había fallecido mi tía Adelaida, la Marquesa de Jerez de los Caballeros, cuya pérdida supo por mí, y con este motivo empezó a recordar los tiempos, ya lejanos, de las tertulias del Duque y el Marqués, cuyas bibliotecas tuvo como suyas durante su estancia en Sevilla, lamentándose de la venta y salida para los Estados Unidos de la del Marqués de Jerez de los Caballeros, y al preguntarle yo si realmente era tan importante como se dice, me contestó algo que me impresionó profundamente: «Después de la pérdida de las colonias fué la mayor desgracia que tuvo España».

—Para mí —prosiguió— fué el disgusto más intenso que he tenido en mi vida y todavía, a pesar de los años transcurridos, lo sigo lamentando como el primer día, y además por haber tenido, aun contra mi voluntad, alguna culpa en ello. Tenía yo con Mr. Huntington antigua amistad y constante correspondencia epistolar y cuando vino a España se lo presenté al Marqués y lo llevé a visitar su biblioteca, quedando tan prendado de su contenido que al salir me dijo: «Si su amigo quiere vender sus

libros, hágale saber que pida precio por ellos, que estoy dispuesto a pagárselos». Yo le contesté que creía que el Marqués por nada se desprendería de ellos, pero me consideré en el deber de darle cuenta al mismo de nuestra conversación. ¡Nunca lo hubiera hecho!

—¿Y por qué se decidió el Marqués a venderlos cuando tanto amor y afición tenía a los libros?

—No fué por el dinero que le dieron, un millón doscientas mil pesetas, pues a él en aquel tiempo no le hacía falta por ser poseedor de una gran fortuna; lo hizo sola y exclusivamente para evitar disgustos familiares. Son las mujeres propias las mayores enemigas de los libros. Los bibliófilos son insaciables y el Marqués, que tenía gusto y medios para hacerlo, adquiría libros y libros en donde estuvieran y por el precio que le pedían. Fué llenando su casa de ellos en tal forma, que cuando ya no cabían en ella tuvo que adquirir otras vecinas, que derribó para hacer aquel magnífico salón en donde instaló la bibiioteca, el que al poco tiempo fué insuficiente para contener los que continuamente llegaban nuevos.

Al morir el impresor D. Enrique Rasco, que tenía muchos y buenos volúmenes, los adquirió el Marqués, dando orden se los enviaran a su domicilio, y una buena mañana apareció ante su puerta una carroza con cuatro voluminosas cajas que contenían parte de ellos, y aquí fué Troya: la Marquesa montó en cólera y se negó rotundamente a que entraran más libros en su casa y a que descargaran las cajas. El altercado conyugal tomó caracteres de violencia y el Marqués, como siempre ocurre a los esposos, tuvo que ceder y ordenar llevaran a otro lugar los bultos. Desde aquel momento tomó la resolución de vender la biblioteca y al día siguiente telegrafió al Sr. Huntington aceptando por ella el precio que le ofrecía. Si una mujer, Eva, fué la culpable de la desgracia de la humanidad, Adelaida tuvo la culpa, quizás con la mejor buena fe, de esta gran pérdida para las letras españolas en general y especialmente para los bibliógrafos sevillanos.

Yo supe la noticia —agregó— por Valdenebro (1) y quedé

(1) D. José M.ª Valdenebro y Cisneros, escritor y bibliófilo sevillano.

aterrado. No conformándome con esta merma de nuestro tesoro nacional, me puse al habla con el Marqués, vi a los Ministros para que fuera adquirida por el Estado y nada pude conseguir, no quedándome otro remedio que lamentar salieran de nuestra Patria aquellas joyas bibliográficas que con tanto cuidado había reunido el Marqués de Jerez de los Caballeros, en donde había muchos libros únicos de valor inapreciable. ¡Bien purgó la Marquesa su desamor a los libros! El Marqués, al perder su biblioteca, a la cual había dedicado los afanes de su vida, se encontró desorientado y aburrido; su casa le recordaba la colección perdida, y él, que antes sólo se había dedicado a su familia y a sus libros, se fué a Madrid, se entregó a la política, hizo vida disipada en la que perdió no sólo lo que le dieron por ellos, sino gran parte de su fortuna, y lo que algunos estimaron como un buen negocio, fué el principio de su ruina moral y material.

Como complemento de los párrafos anteriores diré que la biblioteca se vendió el año 1902, siendo adquirida por el multimillonario estadounidense Mr. Archer Milton Huntington, fundador de la Hispanic Society of America, como ya hemos dicho, en el precio de un millón doscientas mil pesetas, a más de otras cantidades que tuvo que pagar por el transporte y embalado, el cual se hizo con gran cuidado; cada libro, envuelto en papel de seda, iba en una caja de cartón a su tamaño y éstas en grandes cofres de madera forrados interiormente de latón. Este ilustre Mecenas la donó a la Sociedad, como ya había hecho antes con cuadros, libros y colecciones de inestimable valor. Entre sus más notables legados fué una iglesia católica, que construyó a sus expensas en los terrenos de la misma en Nueva York, con sus retablos y toda clase de detalles de gran valor y riqueza. A su inmensa fortuna unía condiciones personales muy apreciables, su gran amor a España, su vastísima cultura, siendo entendidísimo en libros, habiendo recorrido y estudiado todas las bibliotecas de Europa y España; escritor fácil, había publicado varias obras, entre ellas una, hoy muy rara, sobre las corridas de toros, que es la mejor y más completa descripción que se ha hecho sobre esta materia en lengua inglesa. Aunque privó a Sevilla de aquella riqueza bibliográfica de la biblioteca del Marqués de Jerez, parece que nos quiso compensar de ella

donando a su Excmo. Ayuntamiento los dos magníficos cuadros de Valdés Leal de Santa Clara defendiendo Asís de los sarracenos, que hoy figuran en nuestro Museo, y la estatua del Cid, obra de su segunda mujer, que decora uno de nuestros más bellos paseos.

Continuando con mi visita. Hablamos después de libros en general y me decía Rodríguez Marín que, desgraciadamente, o los gustos literarios iban por otros cauces, o se leía menos que antes, y a propósito de esto me refirió lo que le había ocurrido con su último libro, *La Gatomaquia de Cervantes,* que acababa de publicar. «Cuando terminé la obra, corrí, como se dice en el argot bibliográfico, el manuscrito por los libreros de Madrid, para que ellos me informaran sobre el número de ejemplares que creían se podrían vender, y de común acuerdo fijaron la tirada en dos mil volúmenes; así se hizo, y cuando se puso a la venta... ¡admírese usted! sólo llevo vendidos cuarenta y ocho. Si esto me pasa a mí y con un libro de Miguel de Cervantes, tengo motivo para afirmar hay pocas ganas de leer.»

Me despedí de él no sin antes regalarme algunas de sus últimas publicaciones. ¡Quién me había de decir que aquella despedida sería la última, y que a los pocos días desaparecería del mundo de los vivos aquel gran sabio, que firmó por modestia muchos de sus escritos con el seudónimo de Bachiller Francisco de Osuna, cuya pérdida lloraremos siempre los que tuvimos la satisfacción de tratarlo y conocer su gran valer y vastísima cultura!

¡Bien hace la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en honrar su memoria dedicándole este homenaje, y ya que otra cosa no podamos hacer por él, elevemos a Dios nuestros votos para que por sus muchos merecimientos le conceda en la otra vida la paz eterna!

El Marqués de San José de Serra

CATEDRA SAN FERNANDO